

PEDROTXO ... LAS REUNIONES DE “AMULLETA” ... “OARSO”

Anthón OBESO



Son ya 25 las ediciones que esta revista OARSO ha visto la luz en el término de estos 32 años. Fue, pues, en 1958, cuando el Ayuntamiento, siendo alcalde D. Luis Echeverría, y a propuesta del entonces interventor D. Ramón Laguna, puso en marcha el proyecto de reiniciar esta Revista, que ya, en 1930, tuvo su primera aparición, pero que la Guerra Civil truncó su continuidad seis años después.

Es sabido que este tipo de proyecto tiene siempre sus dificultades para ponerlo en vías de normal evolución. También OARSO las tuvo. Pero no faltaron colaboradores entusiastas que hicieron posible que la Revista saliera adelante. D. Juan Hernández, por ejemplo, que, desde su puesto de concejal, apoyó decisivamente su continuidad, y Antonxu Sainz, hombre de profundas inquietudes culturales, que, un año más (siempre se trata de dar el siguiente paso), hizo posible que OARSO saliera en nuestras fiestas de la Magdalena. Y fue luego, poco después, quizá en el 61, o en el 62, cuando el inolvidable Boni Otegui se hizo cargo, definitivamente, con la labor que supone dirigir una revista. También fue importante la aportación del alcalde D. Ramón Múgica, ya que, creo que se puede decir, consolidó esta aventura, que es siempre, hacer perdurable una obra de este tipo.

Si el OARSO de la primera etapa, 1930-1936, es historia muy pasada, también empieza a ser historia un tanto lejana la que corresponde al inicio de esta segunda etapa. Y los que estamos aquí, desde casi su comienzo, vamos viendo, no sin poder evitar cierta desasegante inquietud, cómo aquellos colaboradores, veteranos en actividades literarias, y que tan certeramente supo atraer Boni, han ido, algunos, bastantes, desapareciendo por inexorable ley de vida. Así que, los que entonces éramos jóvenes, ahora ya no lo somos tanto (por decirlo de algún modo), y, otros, más jóvenes, claro está, han recalado en estos lares aportando nueva savia a esta ya veterana revista OARSO, sustituyendo a los que nos dejaron.

Este hecho, el de el tiempo que pasa, además de materializarse en la Revista que año tras año va saliendo, se manifiesta, solapadamente, en la cena que, semanas antes de la aparición de OARSO, nos reúne a los colaboradores, en la acogedora Sociedad Amulleta, con el fin de cambiar opiniones y decidir el matiz o tema central que se pretende, cada vez, dar a estas páginas. En estas cenas anuales, en que, en un principio, uno se veía joven entre los contertulios, está sucediendo que ya no es así. Y, claro está, es inevitable que surja el recuerdo de aquellos compañeros de Revista y cena, estupenda gente, como José de Arteche, Vicente Cobreros Uranga, Luis Mitxelena, Fausto Arocena, Manuel Lekuona, Antonio Valverde, Melchor Torrecilla, Bitor Idiazabal, en fin, por mencionar algunos, como, también últimamente, Julio Gil Vitoria. Compañeros de cena, digo, con los que pasamos gratos momentos de amigable charla y de quienes era posible tanto aprender.

Y llegando a este punto del recuerdo, no puedo evitar que se me vaya la pluma para, aunque no sea más que una simple mención, hacer constancia de la vez que la suerte hizo que tuviera a Vicente Cobreros Uranga como vecino de mesa. Don Vicente, así, como le tratábamos quienes estábamos a su lado, nos habló, largo y tendido, sobre pintura, sobre arte, con chispeante humor, con detalle y conocimiento, desde luego, que hizo corto el tiempo del momento, y que nadie hubiera pensado viéndole allí, con aquel temple, que su propio tiempo se estaba acabando por hallarse muy delicado de salud; circunstancia, ésta, que él lo sabía difícil y de la que se expresó, de refilón, sin vacilar lo más mínimo en el tono de fina ironía con que llevaba la conversación. El hombre se pasó un tanto en la medida de la cena, según nos dijo después. Cosa que, a los demás, no nos pareció así. Pero él lo confirmó con un gesto de resignada aflicción. Y que, por ello, además, había faltado a la palabra dada a su familia. ¡Pero, qué se va hacer, si lo estamos pasando tan bien!, concluyó.

Don Vicente nos dejó interesantes trabajos en la Revista en el transcurso de unos años. Y muchos y variados son los temas que OARSO ha tocado en estos 25 números publicados, desde lo puramente anecdótico y localista hasta asuntos de interés general, como pueden ser lo referente a la Universidad, a los problemas inherentes a la inmigración, en su momento, y otros. Preocupaciones que Boni expresaba cuando sugería a los colaboradores un tema central.

También la inspiración de cada cual ha tenido cabida en la Revista. Y no puedo menos que señalar, sin pretender marcar distinciones, aquel sustancioso trabajo de Adolfo Leibar, "Juegos infantiles en los tristes treinta", publicado en el 73.

También este año ha habido cena en Amulleta. Cena, por cierto, con mayor concurrencia que nunca en su historia; pequeña historia de este acontecer. Y ha sido asimismo inevitable el recuerdo de los amigos que venían y ya no vienen. Porque, Pedrotxo, Pedrotxo Otegui, ya no ha estado tampoco con nosotros. Se nos fue, en el transcurso del año, junto con Julio Gil Vitoria. Los dos nos han dejado.

Pedrotxo ha estado vinculado a OARSO desde el principio. Fue el colaborador más entusiasta de su hermano Boni. Había, entre ambos, un buen entendimiento, siempre. Hasta tanto que, después del fallecimiento de Boni, Pedrotxo, muchas veces, cuando se le saludaba en cualquier encuentro, contestaba así: Aquí estamos, intentando aprender a vivir sin Boni.

Es curioso sin embargo comprobar que habiendo estado siempre colaborando de algún modo, apenas escribió en la Revista. Solamente en dos o tres ocasiones, artículos suyos aparecieron en OARSO. Y no más. Dos o tres trabajos referentes a montañismo. Actividad a la cual sentía él una gran vocación, al igual que su hermano Boni. Eran dos enamorados de la montaña. Y esto quiere decir mucho de los sentimientos de una persona.

Solamente dos o tres artículos en 24 números. Y es a lo que voy. Pues cualquiera diría que Pedrotxo no tenía nada que decir aparte de asuntos de montaña. Y era todo lo contrario. Pues Pedrotxo, además de otras virtudes, tenía la de ser un fascinante narrador. Sabía de mil historias, anécdotas, tradiciones, aventuras biográficas y leyendas, y tenía una gracia especial para contarlas. Había quien hacía lo posible, me refiero a las cenas de Amulleta, para sentarse junto a él, pues era todo un regalo escucharle.

Se dice que Gabriel García Márquez se encerró, literalmente, mientras escribía su "Cien años de soledad". Hasta que lo consiguió. Cabe pensar que personas con memoria colectiva y con cierta sensibilidad, "encerrándose", como el escritor colombiano, podrían escribir sus cien años de historias si se lo propusieran. Pero no lo quieren así. Recuerdo a un anciano, en un pueblo de Navarra, (que bien puede suceder en cualquier parte del mundo), allí, junto a la chimenea, mientras ardían los leños, en la tranquilidad de la noche, nos contaba mil historias de gentes que conoció o supo de sus vidas de algún modo. Era una maravilla escucharle. Así era Pedrotxo. Hubiera podido también escribir cien años de relatos. Pero no lo hizo. Quizá su modestia se lo impedía. Así que, lo que hacía era contar. Y lo hacía con un verbo pletórico de gracia, con humor, con verdadero sentido de lo que es relatar, haciendo pasar grato y placentero el momento a quienes le escuchaban. Sabía hacerlo con verdadero encanto.

OARSO ha pervivido durante 32 años, con 25 ediciones publicadas. Años en los que, evidentemente, han sucedido cambios muy importantes en nuestra sociedad. Esta continuidad ha sido posible gracias al estilo y al espíritu que Boni supo imprimir a la Revista, con la colaboración, siempre, de su hermano Pedrotxo, principalmente. A este espíritu, Boni lo llamaba: Renterianismo. Sencillamente